



La Escalera

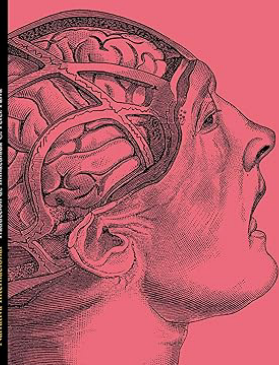
Lugar de lecturas

COMIENZA A LEER...

OTTESSA MOSHFEGH

ALFAGUARA

Ottessa Moshfegh
McGlue



Narrativa Internacional / Traducción de Inmaculada C. Pérez Páez

Zanzíbar

Me despierto.

Tengo tiesa y babeada de marrón la pechera de la camisa. Me supongo que es sangre seca y que estoy muerto. El aire del océano me convence de que dude, de que gire la cabeza en dos o tres embestidas hacia los pies. Tengo los pies en el suelo. A lo mejor es que me he caído de bruces en el fango. Sea como sea, sigo demasiado borracho como para que me importe.

—¡McGlue!

Una voz colérica grita desde la dirección de la luz del sol, el barco navega con las velas izadas, chirridos de madera y nudos apretados. Siento que se me retuerce el estómago. La cabeza. Justo la primavera pasada me la rompí al saltar de unos vagones en fila, de eso sí que me acuerdo. Me vuelvo a poner de rodillas.

Otra vez:

—¡McGlue!

Este McGlue. Me quiere sonar.

Una mano me agarra de la camisa y se me clava en la espalda, me conduce hasta la pasarela y subo, caminando no sé cómo. El barco está zarpando. Vomito y me agarro al costado de la popa y escupo bilis durante un rato mientras observo cómo pasa el agua corriendo, hasta que la tierra desaparece de la vista. Todo está tranquilo después, durante un rato. Luego, algo dentro de mí parece estar muriéndose. Vuelvo la cabeza y toso. Se me saltan dos dientes de la boca y se desparraman por la cubierta como si fuesen dados.

Al final me meten en la cama bajo cubierta. Me rebusco en los bolsillos a ver si tengo alguna botella y encuentro una.

—McGlue —dice el grumete, el mariquita—, trae esa mierda para acá.

Le vuelvo a dar un trago. Un poco se me derrama por la barbilla y me moja el cuello manchado de la camisa. Dejo caer al suelo la botella vacía.

—Estás sangrando —dice el marica.

—Pues sí, lo estoy —digo, mientras me aparto la mano del cuello. Es sangre oscura, con sabor a ron, la pruebo. Debe de ser mía, pienso. Pienso en el uso que le podré dar si me entra sed luego. Marica parece preocupado. No me importa que me desabroche la camisa, ni siquiera le pego en las manos para apartárselas cuando me gira el cuello para un lado y luego para el otro. Demasiado cansado. Momento de la inspección. Dice que no me encuentra ningún agujero que señalar.

—Ajá —le digo.

Marica tiene en la cara una extraña mueca de desprecio y parece un poco asustado y se cierne sobre mí, con el pelo rojo metido cuidadosamente dentro del gorro de lana y una gota de sudor posada en el trípode del labio superior, justo debajo de su naricita. Me mira a los ojos, diría yo, con algo de miedo.

—Sin tocar —le digo, volviendo a subirme la manta. Es una manta de rayas grises y rojas que huele a leche de cordero. Me tapo la cara con ella mientras Marica sigue a lo suyo. Se está bien aquí debajo de la manta. Veo mi aliento en la oscuridad. Está tan oscuro que casi podría dormirme.

Mi mente viaja por las frías colinas de Perú en las que me perdí una noche. Una mujer gorda me alimentó con leche de su teta y me monté en un perro lanudo para bajar a lo largo de un río hasta llegar a la costa. Johnson estaba allí con el capitán, esperando. Eso significaba problemas. De sopetón el golpe tibio del ron y cierro los ojos.

—¿Qué has hecho? —dice el capitán la siguiente vez que los abro. Me despojan de la manta como con un latigazo. Saunders me quita los zapatos. Oigo crujir el barco. Alguien baja por el pasillo haciendo sonar la campana para la cena. El capitán está de pie junto al catre—. Queremos oírte decirlo —dice el capitán.

Tengo náuseas y estoy cansado. Vuelvo a quedarme dormido.

Están moviendo las bocas. Saunders y el marica están junto a la puerta. Marica sostiene una botella, Saunders juguetea con unas llaves.

—Dame. —Se me rompe la voz. Puedo respirar, oír. Me pasa la botella.

—Has matado a Johnson —dice Saunders.

Me bajo más de la mitad de la botella y estiro el cuello, echo los hombros hacia atrás. Siento que se me suelta la mandíbula, miro hacia abajo, acordándome de la sangre. Me ha desaparecido la camisa.

—Dónde está mi camisa.

—¿Es verdad que lo has hecho? —dice el marica—. El oficial Pratt dice que te vio. Borracho, en la taberna de la Ciudad de Piedra. Que luego saliste corriendo hacia el muelle justo antes de que lo encontraran en el callejón.

—Qué bazofia, está frío. Todos poseídos hasta que se toman este antiniebla de efecto instantáneo, gracias, maricón —digo. Bebo.

—Lo encontraron muerto de una puñalada en el corazón, amigo —dice Saunders, agarrando las llaves, arrugando las cejas.

—¿Quién está como una cuba, Saunders? Déjalo ya, ahora mismo. Como que me está sacando de quicio. ¿Hay comida? —El marica retira la botella vacía de donde la he dejado yo encima de la manta. Tengo la impresión de estar soñando—. ¿Dónde está la de las pecas, Puck? Te cambio el sitio.

Ya no están hablando conmigo.

—Comida, tío. Joder. —Ya estoy completamente despierto. De un solo vistazo, abarco la habitación: letreros, paredes de madera pintadas de gris, ganchos de alambre, algunas prendas de loneta y jerséis marineros colgados, un espejo gris, con forma de escudo. La luz del sol lo inunda todo, estilo bloque, moteada de polvo blanco. Las sombras de los hombres que están en cubierta recorren las paredes a través de las pequeñas lumbreras rectangulares que hay en lo alto, muy por encima de mi catre. Un catre vacío a cada uno de mis lados. Una queja y un crujido de barco y océano. Anhele cerveza y una canción. Esta es mi casa: yo abajo, en el corazón del navío a la deriva, esperando, yendo a alguna parte.

Saunders y Marica sueltan palabras y salen y escucho a Saunders cerrar la puerta y protesto.

—Vuelve y sonríe, Saunders. Suéltame la noticia, ¿qué pasa? —Y no pasa nada.

No es la primera vez en este viaje que he estado en el agujero. Me harán trabajar bien la bomba todas las mañanas y zurcir las velas como a una vieja sirvienta en cuanto vuelva a estar recuperado. Pienso en mi madre, me la imagino siempre en el telar a través de las ventanas cerradas a cal y canto de la fábrica, yo un niño pequeñito de puntillas, levantándome con los

dedos hasta posar los ojos apenas por encima del horizonte del alféizar de la ventana, observando a mi madre con la espalda encorvada, remilgada, altiva, trabajando, y volviéndola a observar esa noche a la mesa de nuestra casita, llamándonos a mi hermano y a mí «qué niños más buenos», juntando migas, contando monedas y tosiendo, mis hermanas ya en la cama, el pelo pálido de mi madre, hecho polvo, extendido por su espalda. Todas las estrellas fuera, allí puestas sin más. Los fríos reflejos de la noche de Salem después del calor de todo el día. Tiraría una piedra a una ventana si pudiera, si tuviera una. ¿Ha dicho Saunders que Johnson no se encontraba bien? Me voy a levantar y así me entero.

Me levanto. Tengo la cabeza desbaratada y no veo nada, después veo estrellas. Saunders ha dicho que Johnson estaba muerto, me parece. Acudo otra vez al catre, ciego. Saunders volverá con Johnson y nos reiremos. Hasta entonces, capearé mis meditaciones a través de los dolores lacerantes que siento en el cráneo, las olas lamedoras. Lo más probable es que me quede adormilado y luego me despierte para el pan y la mantequilla y las habichuelas calientes y el whisky, y será de noche y estaremos a medio camino de China y dirán «Al pozo, McGlue», como después de mi última pelea. Intento acordarme del puerto de escala en el que me empapé así.

Zanzíbar.

Piensa en algún sitio al que te gustaría ir.

Ya puedo ver. Me agarro los párpados entre los dedos y los sostengo para mantenerlos abiertos, doy pasos de potrillo hacia el espejo. Me acerco un poco más y tropiezo. Tengo una cuerda amarrada al tobillo y sujeta al poste de la cama.

Llamo a gritos y me pone enfermo oír mi voz. Vuelve al catre, McGlue. Sí, gracias. Salen las estrellas. Busco la luna, pero me rehúye. No puedo encontrar ni medir mi camino. Déjate llevar, déjate llevar. Con que solo cierre los ojos, llegaré.

Duermo un poco más.

Océano Índico

Me despierto con fiebre. Sé que es fiebre porque tengo un trapo mojado doblado encima de la frente. El marica me atiende, está al lado de la cama con un libro en el regazo, balanceando una pierna desde la rodilla con forma de manzana silvestre. Tengo los brazos atados a los muslos, las orejas silenciadas, la cara vendada, y el agua gotea a través de las grietas del techo de la cubierta, y al respirar siento el sabor de la peste penetrante a lejía y a mierda. Sobre la bandeja abatible de la mesa hay un bote abierto de chucrut y un budín de pan. Levanto la vista. Las gotas de agua de la cubierta me caen sobre los ojos y queman. Marica empuña un espaldón de madera clara en la mano, me sobrevuela la cabeza con el brazo, con gesto casi maternal.

Abro la boca para maldecir.

Pero Marica me mete el espaldón a lo largo, entre los dientes. Me rebullo un poco.

—Tú te lo has buscado, McGlue —dice Marica, agarrándome del cuello.

Tengo sed, así que lo miro a los ojos lo mejor que puedo.

—No podemos darte más, así que ni lo pidas. —Esa es su respuesta.

Se cree que tiene algún poder sobre mí. Lo dejo que se lo crea y me rebullo un poco más. Con dificultad uso la lengua para saborear el cielo de la boca y lo que consigo es aire salado y mierda. No está bueno. Me gustaría algo dulce justo ahora. Había un pequeño puesto de avanzada en Borneo en el que vendían vino hecho con miel, de eso me acuerdo. Estaba bueno. Las muchachas holgazaneaban por allí abanicándose con láminas de plata, llevaban las tetas y los pezones colocados sobre chalecos ajustados de cota de malla. Las caderas de aquellas muchachas, estrechas como las de un niño, saltaban a un ritmo resuelto entre mis manos cuando yo lo deseaba, como si de alguna manera estuvieran dentro de mi pensamiento, escuchando. Me senté a la sombra y las llevé a la carretera a bailar cuando

refrescó y me entraron ganas de bailar. Johnson también. Luego Johnson me había dicho: «No te acerques; cuidado con el gordo, grita “cerdo” si ves que viene», mientras se retiraba, arrastrando a una de las muchachas detrás de la cortina de la jungla, alejándose, y yo había seguido bailando sin quitarle las manos de las caderas a la muchacha, y cuando llegó el gordo me saqué sin más la pistola de la bota y la disparé hacia las estrellas. A las muchachas les encantó, se pusieron a gritar y a correr, luego se rieron y volvieron a salir arrastrándose desde detrás de las oscuras hojas de palma, tapándose las bocas con las manos. El gordo se agarraba la barriga y asentía mirando la botella nueva puesta sobre el taburetito que usaban como mesa. Olvídate de Johnson, esa rata asustada e infame. Me siento y bebo y observo el cielo. Llega una muchacha y me coge de la mano y bailamos un rato más. Johnson vuelve a aparecer.

—¿Tan pronto, viejo? —le grito, mientras miro cómo vuelve caminando hacia la carretera y su muchacha se escabulle en la oscuridad, con la cota de malla destellando bajo el resplandor de la luna. Siempre con una muchacha. Derrama una lágrima por ella o por lo que ha hecho mientras zarpamos. Siempre una lágrima. Me río.

—¿Por qué no te quedas un tiempo? —solía decirle—. ¿A formar una bonita familia, a aprender el idioma? —Y él se largaba y reaparecía horas después, todo fresco y concentrado, se ponía a hablar con el capitán sobre las ventajas de los clíperes comparados con los cúteres y le preguntaba cómo se había metido en el negocio y demás con sus ojos soñadores. Qué asco me da. Ahora veo a las muchachas, en una fila, diciendo adiós desde la orilla, me las imagino de pie a lo largo de la grieta del techo en esta habitación oscurecida, con los ojos brillantes como gotas de agua, y sigo rebulléndome.

Bebida, por favor.

He estado así de enfermo antes.

—Mierda —intento decir, pero el espaldón me ha pillado otra vez la lengua. Miro a Marica. Tiene los ojos fijos en su regazo, leyendo renglones.

Si Marica no me da ron, entonces por lo menos que me deje chupar la salmuera del repollo, se me ocurre. Me coloco sobre el lado derecho, planeando algo. Marica se levanta y me clava el codo en el hueco de la cintura. Escupo el espaldón en el suelo. Me chorrea sangre de la boca.

—¿Ya estás contento, maricona? —Sorbo ruidosamente. Mi voz me da dolor de cabeza. En la cabeza, me parece recordar, tengo una brecha importante.

—Da las gracias, McGlue. El siguiente puerto es Mac Harbour, donde deberíamos dejarte con los demás convictos sin más.

—Encantado si lo hacéis —le digo y me doy un golpe en la cabeza contra el catre. El efecto es bueno: un sabor intenso a sangre al fondo de la garganta y lo veo todo negro durante un rato, luego blanco. Me vuelvo a dormir.

Puerto Macquarie, Tasmania

Hemos atracado y la mayoría de los marineros han desembarcado, pero los negritos que están encerrados en el camarote de al lado están roncando. Entonces oigo a alguien verter algo en una taza. Estoy despierto. Me froto las muñecas violentamente contra las caderas y deshago las cuerdas, me levanto y arrastro las patas de mi catre hasta la pared y respiro hondo. Veo una cantimplora en la bandeja abierta de la mesa abatible, así que arrastro el catre en esa dirección y agarro la cantimplora y bebo hasta que se queda vacía. Solo agua. Baja por mis conductos como un glaciar, lo contrario que el pis sobre la nieve, y me doblo y maldigo, mis primeras palabras en días. Los negritos murmuran. Luego arrastro el catre otra vez hasta la pared y me subo en él, miro a través de la lumbrera alta que da a la cubierta. Azul por todas partes. El cielo es azul. Las nubes son azules. El océano es azul. El lento zigzag de una gaviota balanceándose ante mis ojos de tal manera que me empiezan a lagrimear. ¿Estoy llorando? Si este costado del barco diese a tierra, creo que vomitaría de deseo. Cualquier otro día estaría comprando una lata de tabaco, me metería rápidamente un poco en las encías, después más en una pipa, entornaría los ojos, me golpearía el pecho, le pegaría un grito a Johnson para que viniera. Cuántas horas hasta que el barco estuviera cargado; lo averiguaría. Daríamos un paseo hasta la ciudad, a ver qué tienen aquí de interesante. Un país lleno de asesinos y ladrones debe de tener cosas buenas, se me ocurre. Vino de sangre, se me ocurre. Whisky hecho con dedos de señoras. Alguna clase de rapé fuerte de plantas malas usadas para tratar a los de corazón renegrido de la cárcel. Carnes asadas. Pasteles rellenos de confites, ratas, brandy. Me apuesto a que sé lo que estarían diciendo los marineros. Por todas partes mujeres con el coño torcido. Me muero de hambre.

—¡Hambre! —le grito al mar.

¿Han dicho que he hecho algo mal? Johnson debe de estar enfadado y no va a bajar a arreglar las cosas. Todavía no. Y me han dejado aquí abajo sin más, a que me muera de hambre. Además que no he tomado ni una gota en días. Verán esta inanición y se sentirán fatal, tanto que caerán a mis pies y me pasarán unos panecillos de pascua untados en abundante mantequilla fresca y me rogarán que los perdone. Todos ellos: Johnson, Pratt, el capitán, Saunders, la maricon, el mundo entero, uno tras otro. Como un buen sacerdote les daré palmaditas en la cabeza y asentaré. Sumergiré el cráneo en un barril de ginebra.

Me siento feliz al imaginarme mi mano en la cabeza agachada de Johnson, su pelo negro y reluciente entre mis dedos. Se lo retorceré como una niña que se hace las trenzas, le pellizcaré las mejillas, dejaré que algunas de mis babas de hombre hambriento le goteen por la cara, escupiré lo que tenga en la garganta, «Johnny. Un brindis», le diré. Dos jarros de cerveza subiendo y bajándonos por la boca y nuestras barbas de marinos llenas de babazas espumosas. Así era en Salem, las noches en que esperábamos para zarpar del puerto. El sonrojo de las mejillas de Johnson brota como las flores cada vez que traga, luego vuelve a desvanecerse mientras habla. Su pelo, moreno y pringoso como brea caliente, no se revuelve ni se desvía nunca de donde se asienta, no importa cuánto viento o cuánta lluvia. «Precioso», dicen. Él me llamaba «Jabonero» por cómo llevaba el pelo cuando nos conocimos: tan largo por delante que me lo liaba alrededor de las orejas y se quedaba sujeto. Dice que me tomó por un chaval de unos quince años la noche que se encontró conmigo y se sintió como un verdadero héroe.

Tengo que reírme. La primera vez que vi a Johnson pensé que era uno de esos viejos mamones que según dicen se acoplan con los chavales por ahí por el bosque a cambio de unos cuantos centavos la mamada o lo que sea. Conozco bien a esos tipos.

—¿Te crees —me dijo Johnson— que ese ron va a impedir que te congeles esta noche?

Yo me tapaba la cara con el sombrero, tenía una botella entre las rodillas, mientras iba deritiendo con el culo la nieve en la que estaba sentado muerto de cansancio, apoyado contra un árbol. Johnson estaba subido a un caballo.

—Lárgate —le dije yo. Pervertido o no, no me importaba. A aquellas alturas llevaba unos cuantos días de juerga, en algún lugar entre New Haven y Orange. No iba a volver nunca a mi casa. Veía la playa pavimentada de hielo a través de los árboles iluminados por la luna. Tenía otra botella, entera (una doble pinta) en el bolsillo del abrigo, y me quedaba algo de dinero. Estaba bien. Eso era lo que pensaba.

Pero Johnson no se iba. Su yegua se encabritó y él tiró de ella y la hizo retroceder, tanto su respiración como el bufido del caballo salían humeando como espíritus fantasmales al abandonar sus cuerpos, como el poema siniestro de un niño. Intenté reírme, pero se me había quedado la cara congelada. De eso me acuerdo.

—Aquí fuera te vas a morir —dijo Johnson—. Déjame que te lleve a la ciudad.

—Vete a tomar por culo —le dije yo. Se comportó como si no lo hubiese oído e hizo girar a la yegua un poco más.

—¿Puck, dices? —dijo él. Bebí un trago—. Un chico que ha leído a Shakespeare se viene a pasar la noche en el hielo. Ay... —Le dio una palmada a la grupa de su yegua—. Súbete, Nicky Bottom.

Se comportaba como un marica, pero no tenía pinta de serlo. Es un chiste, pensé. Me está tomando el pelo, lo que estaba esperando que hiciera. Se inclinó hacia mí y me puso la mano en la cara para que se la agarrase. Me preguntó que de dónde era y, cuando dije «Salem», se rio.

—Ahí nací yo —dijo, tirando de mí para subirme.

Ya había estado como una cuba antes y por aquel entonces tenía veintidós, veintitrés años, creo, sabía que estaba destinado a irme al otro barrio durante las partes más detestables de la vida. Estaba condenado. Me había acostumbrado a eso, principalmente. No obstante, por algún motivo, me apunté: me subí a su caballo y me agarré a la correa de la montura por donde pude y cabalgamos. Seguramente hacía tanto frío encima de aquel caballo como sentado allí en la nieve. Pero a lo mejor tenía razón Johnson. A lo mejor me salvó la vida.

Nos dirigimos al sur y cabalgamos toda la noche, según recuerdo. Johnson me dijo que a la altura de Stratford había inclinado la cabeza sobre su hombro y había roncado. Me desperté, debió de ser días después, en Mamaroneck, por la tarde, con la cabeza sobre un mantel blanco limpio, oliendo el pescado friéndose.

Johnson estaba junto a los fogones, dándome la espalda y rodeando a una muchacha con el brazo. La muchacha trajo un plato a la mesa. Había en ella un pescado frito dorado.

—Aquí el amigo Nick no se va a comer eso, hermana —dijo Johnson—. Dale patatas. Me parece que es lo único que puede digerir por el momento, ¿no es verdad?

Asentí.

Johnson vino y se sentó y se comió el pescado con un tenedor de plata y una mano en el regazo.

—McGlue —le dije.

Volvió a darme la mano.

Marica abre el pestillo de la puerta horas más tarde. Está anocheciendo y la tarde se ha vuelto gris. Lleva puesto un extraño jersey verde. Deja un cajón de naranjas sobre la mesa abatible, luego se acerca y me mira desde arriba. Junto las manos.

—El capitán dice que te dé comida. Hay unas cuantas naranjas. Luego te mandaré una bandeja. Y supongo que un poco de cerveza. Pero el capitán ha dicho que más ron no. Tienes un agujero enorme en la cabeza, McGlue.

Me toco la brecha con el dedo. Me pitán los oídos. Me despierto más, es como un día luminoso, soleado y sin ningún sitio adonde ir. Todavía más ron voy a necesitar, pienso.

—Si tienes que hacer tus cosas, lo haces aquí —dice, vuelve a salir al pasillo y entra trayendo un gran cubo de hojalata. Lo coloca con cuidado al lado de la cama.

—Muchas gracias, maricón —le digo—. Tírame una naranja.

Elige una y la echa con cuidado en mis palmas abiertas. Qué simpática la mariquita, pienso. Buen chico, estoy pensando, mientras lo miro irse y cerrar la puerta. Perforo la piel porosa de la naranja con la uña amarilla y engrosada del pulgar. El perfume me estimula los pelitos de la nariz, hace que me lagrimeen los ojos. Olfateo profundamente. Se me llena la cabeza de la rociada ácida, provocándome un ansia profunda en el cerebro. Qué rica. Le pego un bocado, con piel y todo. No está rica. Este soy yo ahora: vomitando fruta en un cubo ya medio lleno de pis y mierda de negrito.

Me vuelvo a recostar y cierro los ojos. Pronto habrá comida caliente. La idea me revuelve el estómago. Una jarra de cerveza fría sería mejor. Dormiré hasta entonces, pensando en Shanghái. La plaza barrida y refregada de vez en cuando. El inmenso reloj. La piel perfecta de la muchacha. Sin variaciones. Se la podría pintar con tres colores: amarillo, negro y rojo.

Marica me despierta en la oscuridad con un plato frío de estofado y me hunde un tenedor en el puño.

—Nada de cerveza —dice—. Órdenes del capitán.

Recordando solo mi nombre todavía, el hombre que soy, me incorporo en el catre y como lo mejor que puedo.

Pacífico Sur, un mes después

He estado estudiando un almanaque de Tasmania de Walch & Sons, memorizando las páginas, para no permitir que se me estropee el músculo de la mente como les ha pasado a los de mis brazos y mis piernas después de casi un mes, supongo, de estar tumbado aquí abajo, recluido. Algunas veces, cuando bajo la vista, una parte de mí menos pensante admira las formas y curvas de mi carne y mis huesos que han adquirido una especie de pálida y hermosa clandestinidad, como los de una muchacha de campo durante el invierno. Levanto las sábanas y miro y miro. Bueno, es un buen juego al que jugar cuando estoy demasiado aburrido para pensar. Mi mente divaga mientras observo la cosa levantarse y demorarse. Si me dan comida por la mañana y no está demasiado fría, tiendo a pasar el tiempo en voz alta, canto las canciones que aprendí en el colegio, le hablo a un Johnson invisible, me echo unas risas, saco un poco el alma afuera. Le he pedido a Saunders y a Marica que me proporcionen algunas diversiones.

—Dejadme pasear por el barco. ¿Os pensáis que me voy a escapar a nado? —digo.

Me dicen que debería contentarme con lo que tengo para leer: seis letras en relieve en la botella de cristal azul de A-C-E-I-T-E. No saben lo del almanaque. Siguen diciendo que he matado a Johnson.

Sin Johnson por aquí para contar con sus cuidados y todos estos compañeros en mi contra como si fuera un asesino, echo de menos el ron. Estoy empezando a oír lo que dicen que he hecho. Marica dice que debería estar tumbado aquí en silencio y rezando. Le digo que tengo sed. Tiro hacia abajo de la manta y me levanto los calzoncillos.

—Mariconas —digo—. Si tuviera sed, ¿podrías permitirte esto?

Lo veo contraer los ojos, nervioso, al marica.

—Hueles como el culo de un caballo muerto, McGlue.

Su burla suena ofendida y yo me río.

Bajo la vista para mirar los hermosos acantilados salientes y valles de alabastro de mi cuerpo, lleno de los garabatos de mis ricitos castaño claro hasta abajo, hasta la pelusa de infierno oscurecido, húmedo y embriagador. Una jarra alta de oporto estaría bien. Te besaría, pienso. La cosa se da a conocer, se destraba de la oscuridad de ahí abajo.

—Hola —le digo. Se levanta.

Maricona me está observando.

—El marica no quiere saber nada de ti, entonces —digo, y me lamo la mano—. Marica —le digo, bajando la mano para agarrármela—, quédate conmigo.

Ve perfectamente el juego al que estoy jugando. Se queda.

Esa noche me trae un tonel de cerveza.

A la mañana siguiente, una botella de lo bueno.

Estoy bien otra vez. Ya no leo tanto el almanaque. El infierno se esconde en la zanja y tengo los ojos secos.

Pacífico Sur

Entra el capitán. Lleva puesto un sombrero nuevo de fieltro negro.

—¿Qué sería peor, McGlue? ¿Quieres confesar hoy?

—Yo no he sido —digo.

—Y no te acuerdas.

—Ningún recuerdo.

—Enséñame las manos —dice, y las extiende abiertas hacia él lo mejor que puedo. Vacilan y se mueven de un lado a otro. El capitán sujeta una entre las dos palmas calientes de sus manos. Luego le da una palmada, fuerte. Un niño malo. No me río.

—Se han mandado noticias a tu madre, McGlue. Se te va a juzgar en Salem, en primer grado, lo más probable. O incluso en segundo grado. El grado más alto, si es que te interesa saber lo que creo que te corresponde. —Qué idiota. Retuerce la cara y aparta la mirada y se mece hacia atrás sobre sus talones y vuelve a intentar mirarme a la cara, pero no puede y retuerce la cara otra vez. Se parece a un hombre ahogado: la cara cenicienta, desbarbada, los ojos inflamados y descoloridos, las venas notándosele claramente en la garganta—. Te crees que es todo una broma, ¿verdad? Estar aquí acostado todo el día, no trabajar, te crees que te las sabes todas. Borracho, escoria —me llama—. Eso que Johnson decía de que servirías de algo nunca lo vi, y tenía yo razón. No quiero ni pensar lo que tendrá que decirte su familia. ¿Para qué lo iba a pensar nadie? La gente querrá saber por qué lo hiciste, McGlue. Será mejor que empieces a esforzarte mucho en pensar. ¿En qué has estado pensando todo este tiempo?

Junto las manos y me incorporo un poco en el catre. Me limito a mirarlo como diciendo «¿qué?».

—Llegaremos a casa dentro de un mes —dice él. Se acerca un poquito más y me mira la cabeza desde arriba, supongo que para ver la brecha. Hora

de la inspección. Al salir le llega el aroma del cubo de pis y mierda, y mira al marica y ladea la barbilla señalando el cubo y sale con la cabeza agachada. Tiene escamas en el mentón, su mentón fallido, en eso es como un pez. Me pregunto quién querría follarse en algún momento a un hombre semejante.

Las cosas se ralentizan aquí abajo.

Había un hombrecillo hindú sentado con las piernas cruzadas en el mercado de Calcuta que blandía una espada por encima de su cabeza. Johnson me dio un codazo al verlo, así que nos detuvimos y nos quedamos mirando cómo se metía la espada en la garganta, hasta el fondo, hasta que el mango se le quedó posado sobre los dientes. Vinieron unos hombres y el hombrecillo salió corriendo, con la cabeza todavía echada hacia atrás, moviéndose con agilidad como un lagartito.

Le pregunté a Johnson cómo podía haber sobrevivido el hombrecillo a semejante empalamiento.

—Aquí está todo vacío, Nicky —me dijo él, golpeándose el pecho—. Como un túnel—. Después me dio un golpe en la cabeza—. Tú puede que estés vacío de chatarra aquí arriba.

Lo que he estado pensando, capitán, es que lo que está exento del impuesto de importación en un país es lo que me gustaría ensartarme a través de la brecha que tengo en el cráneo para empezar a llenármelo: heno, naranjas, limones, piñas, granos de cacao, uvas, fruta verde y verduras de todas las variedades y bagazo de aceite de linaza. Caballos, cerdos, pollos, perros y animales vivos de todo tipo, excepto vacas y ovejas. Corchos, corteza, leña, palo de Campeche y palo de tinte. Cobre o metal de latón, pernos o cubiertas y clavos de cobre y de latón. Fieltro para el revestimiento, estopa y chatarra, alquitrán, brea y resina. Lienzo de vela, botes y remos para los botes.

Me lleno la cabeza con cuadernales de barcos, lámparas de bitácora, lámparas de señales, brújulas, argollas, poleas, vigotas, anillas y guardacabos, lumbreras de cubierta, anclas y cadenas de toda especie y cable de acero galvanizado. Zumo de lima y hielo. Libros, música y periódicos impresos, mapas, cartas náuticas, globos terráqueos y cartón sin cortar, aglomerado y cartón corrugado. Tinta, imprentas, tipos móviles y

otros materiales para imprimir. Equipajes de pasajeros o mobiliario de camarote que llegan a la colonia en cualquier momento comprendido entre los tres meses anteriores y posteriores a la aparición de su dueño. Lápidas, vitrinas conmemorativas, armonios, órganos, campanas y relojes importados expresamente para las iglesias o las capillas. Cueros y pieles de toda especie, sin curtir ni manufacturar. Revestimientos de todas clases. Ratanes, desfibrados o enteros.

Ejes de carruajes, radios, bujes y llantas. Pizarras escolares y pizarrines, pizarra para los tejados y pizarra y piedra para adoquinar. Mármol, granito, pizarra o piedra en bloques en bruto.

Carbonato de sodio, soda cáustica y silicato de sodio. Desechos del algodón, desechos de la lana, cabo de algodón, lana, lino, cáñamo, estopa y yute, sin manufacturar. Especímenes de historia natural, mineralogía o botánica. Polvo de oro, lingotes de oro, barra y moneda. Cerdas de fibra de coco y pelo sin manufacturar. Cepillos de escoba y palos, manufacturados en parte con el propósito de fabricar escobas. Frascos de vidrio o de cerámica, importados expresamente para mermeladas. Vara barra aro lámina placa y arrabio y moldes para lingotes de plomo y tableros de molde. Sulfato de magnesio, ácido cítrico, ácido sulfúrico, ácido clorhídrico, ácido carbólico. Crinolina para hornos para secar lúpulo. Vinos y licores.

Capitán.

¿Qué es verdad?

Nos quedamos una noche en Mamaroneck y, aunque me habría gustado salir e ir corriendo a un puesto de grog, Johnson dijo que teníamos que levantarnos temprano para ir a caballo a la ciudad y dispuso para mí una muda de ropa suya vieja en el respaldo de una silla: pantalones marrón oscuro, una camisa limpia, chaleco y levita de lana.

—New Haven es bueno por dos cosas —dijo Johnson mientras se desvestía para meterse en la cama—. Los Sam Colts y la desmotadora. —Lo observé desde donde me encontraba, calentándome junto al fuego. Los brazos de Johnson eran delgados y estaban magníficamente trabajados. Las manos rojas, y brotando de ellas lo que solo se me ocurría que debía de ser la belleza—. Ya he terminado —dijo, metiéndose en la cama—. Nueva York está llena de gente rica, de dinero y vino. Solo tienes que aprender a no beber demasiado o conseguirás que te encierren.

Me quedé allí con las manos en los bolsillos. Estaba pensando en que Johnson era un viaje a alguna parte y otras cuantas comidas hasta que llegase allí.

—¿Quién es la muchacha? —le pregunté.

—Una antigua sirvienta —fue su respuesta.

Me quedé allí de pie un rato más y lo observé en un espejo rajado que había en la mesilla de noche mientras se frotaba los ojos.

—¿Para qué me quieres aquí?

—¿Tienes un arma? —preguntó él.

—Sí.

—Y todavía no me has disparado —dijo.

—No.

Tiró una manta en la alfombra que había junto al fuego y se dio la vuelta.

Por la mañana nos encontramos con que los pantalones de Johnson me quedaban demasiado largos y Johnson hizo que la muchacha les cosiera el dobladillo mientras yo esperaba con mis calzoncillos largos junto al fuego y él preparaba el caballo.

Mar del Norte, al sur de Long Forties

Hay una tormenta por la noche y el barco cabecea. Los marineros trepan arriba y abajo del pasillo y atraviesan la cubierta, voceando por encima del viento y de la lluvia. Izad las velas, plegad las velas, arreglad el aparejo, me acuerdo de todo aquello. Me pongo de pie en el catre para mirar por la lumbrera, me limpio la cara, observo destellar los relámpagos a través de la blanca torre de banderas, dando latigazos como locos, la proa volando alto, la silla araña el suelo detrás de mí, el mar negro todo alrededor. El barco se inclina y la lluvia entra a través del portillo sobre el catre. Me levanto y arrastro el catre y lo pongo contra la puerta. Este tipo de mareo cobra sentido cuando camino. El cubo de pis y de mierda lo calzo a presión en el rincón. Me gustaría fumar. Vuelvo el catre para sacarle el agua y recostarme. Esto es como estar en alta mar. La mejor parte. Cierro los ojos, dejo que la habitación dé vueltas.

—Si no puedes dormir, piensa en cosas que te gustaría comer, en cosas que ves cuando bajas por el camino, en nombres de muchachas. Dilos en tu cabeza, una y otra vez, hasta que no puedas más.

—Yo siempre puedo más, Johnson —le digo—. Es lo que necesito siempre, una más.

—Johnson, Johnson, Johnson, Johnson...

Bahía de Vizcaya

Así soy yo: los codos hacia afuera, los puños metidos bajo las axilas, paso amplio con la pierna extendida y la rodilla alta y el pie flexionado, la espalda arqueada. Después doblo la rodilla y bajo un pie justo apenas dos centímetros por delante del otro, la espalda desplomada, enderezo los codos, dejo los brazos colgando hacia abajo, extendiendo los dedos y los agito hacia el suelo, el culo estirado hacia afuera, la cabeza alta, los ojos cerrados. Así es como camino. Así es como caminaré a partir de ahora.

Me siento en la silla.

Qué aburrimiento.

Grito «Marica» muy fuerte. Le pediré que me mande a unos negritos para jugar con ellos. Son los más divertidos, de todas formas. Pero Marica no viene. Me vuelvo a levantar. Bebo un sorbo de la cantimplora. Es whisky rebajado. No lo suficiente. Silbo. Pienso que me gustaría ser un hechicero.

—¿Como la que vimos en Estambul, con el humo y la cortina?

—¿Aquella muchacha rusa gorda?

—Sí. Era guapa.

—No. —Escupo—. Un hechicero de verdad, Johnson. Hacer que aparezca algo, así sin más. —Chasqueo los dedos.

—Sin humo.

Enciende una cerilla en la parte inferior de la bandeja abatible y me tira una botella, se enciende la pipa. Parece preocupado por algo. Me fijo en sus ojos.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Hay mucho silencio aquí abajo —dice él, comprobando el catre con la rodilla—. ¿No preferirías que se alojara contigo un compañero?

Su único ojo está contraído por el humo. Se sienta.

—¿Quién va a alojarse conmigo? Todos se piensan que soy un asesino.

—Bueno, ¿con quién te gustaría alojarte?

—Con el brujo que aplastaron con piedras en la prisión de Salem, hace mucho tiempo.

—¿Cómo lo aplastaron?

—Apilaron piedras sobre él. Pedruscos. Hasta que la lengua y los globos oculares le salieron disparados de la cabeza.

—¿Era un brujo de verdad?

—Si no lo era, murió como un idiota.

—¿Y tú, McGlue?

—No, yo no soy idiota, gracias.

—Bueno, venga, vamos a hacer algo.

—No hay nada que hacer, Johnny.

Johnson le da caladas a su pipa, se reclina hacia atrás con las piernas cruzadas en el catre, no mueve la cabeza.

—Quédate callado —dice y rumia con la boca como un caballo y se pone un poco pálido, parece que de no respirar, y cierra los ojos, como haciéndose el muerto. Yo me quedo ahí quieto sin más con las manos en el respaldo de la silla y espero a que se ría. Solíamos hacer eso: borrachos al pie de las escaleras o después de caernos de un árbol, de que nos molieran a puñetazos en una pelea, de que nos tirara el caballo; él o yo nos quedábamos ahí tumbados, inmóviles el tiempo suficiente para que el otro viniera a sacudirnos. Entonces nos reíamos. «¿Qué, te creías que estaba muerto? Idiota». Así que me levanto y espero a Johnson. Pero, en vez de una risa, lo que sale de su boca cuando la abre es una columna de humo del tamaño de un hombre adulto y el hombre de humo lleva un perrito de humo atado a una cuerda y se quedan flotando ahí, como si estuvieran esperando para cruzar una carretera. Johnson respira hondo y recobra la compostura, aprieta los ojos con mucha fuerza, luego los abre y sacude la cara. Nos quedamos mirando el humo. El hombre lleva puesta una especie de capa tejida holgada de color pardo y un feo sombrero abultado, con el pelo largo. El perro no parece tan viejo.

—¿Tú, McGlue? —El hombre mira a Johnson. Su voz chirría un poco, sin proceder de ninguna parte, a través del aire frío y espeso del océano. Johnson niega con la cabeza.

—Tengo a tu perro —dice el hombre. Y saca el puño con la cuerda, el extremo enrollado—. Sigue siendo tuyo —dice. Agarro la cuerda. El perro

salta y agita las patas sobre mis rodillas. No siento nada.

—Dale las gracias al hombre —dice Johnson.

—Gracias —digo.

Johnson se ríe. El perro se me está meando en el pie.

La risa de Johnson es malvada y suena a inventada.

Estos sueños hacen que me duela el corazón.

Cuando era un niño —seis, siete, ocho—, tenía un perrito.

—¿Crees que va a vivir para siempre? —me preguntó alguien.

Me quedo callado.

Salí a pasear hasta la tienda de Buff, a ver si me vendía algo de beber.

—Mamá me ha dado esto para que compre un trago de whisky de centeno. —Pongo la moneda sobre el mostrador.

—¿Un trago? —Buff tenía migas de pan moreno en el bigote. Había un cristal en la parte de abajo del mostrador, allí podía verme reflejadas las piernas. Detrás de las piernas había pipas puestas en fila. Algunas pipas estaban hechas de huesos. Había caramelos rojos en una hoja de papel. Cada uno tenía un manchurrón de una cosa como pintura roja en el papel de debajo. También caramelos masticables. Mi perrito me chupaba el zapato.

—¿Te gustan los caramelos?

Moví la cabeza y cogí la botella.

De eso me acuerdo, y de pasar por delante del patio del colegio con el perrito. El tocado negro de la maestra como un gran bicho negro. Hace viento allí. La maestra saluda y se saca un mechón de pelo de la boca, sigue andando. Me cambio la cuerda de una mano a la otra, palpo la botellita que llevo en el bolsillo. El aire cálido y ventoso del otoño es agradable. El perrito le ladra al polvo que levanta un caballito al patear el suelo en la calle Howard y, de todos modos, no me gusta estar en la calle Howard. Buen chico. La calle Howard es donde entierran a los muertos. Y está la cárcel, de ladrillo rojo, y un montón de chimeneas diminutas clavadas en el limpio cielo azul sobre ella. A lo mejor subo por la calle Howard a ver sin más. Me parece que aquí es donde entierran solo a los hombres viejos. No a los niños pequeños. No me iré así. Nadie que yo conozca está enterrado allí. Intento mirar a través de las ventanas de la cárcel, pero están entrecruzadas y

oscuras. El perrito se revuelve en la cuerda y gruñe. No me gusta. Me doy la vuelta hacia el pueblo e intento cantar una canción alegre en mi cabeza.

Palpo la botellita que llevo en el bolsillo y silbo en cuanto llego a la hierba.

Ahí está Dwelly tirando la pelota. Ahí está Rich.

—¿Ese perro es tuyo, McGlue?

—Sí, es mío.

—¿Sabe hacer algún truco?

—Sienta —digo—. Siéntate.

Mi perrito sacude la cola muy rápido y se mea y baja las orejas y se estremece y parece asustado y me agacho para acariciarlo.

—El perro es un coñazo, Mick —dice Rich.

—Ya —dice Dwelly.

Dwelly tira la pelota al aire. Está casi oscureciendo.

Saco la botella y se la enseño.

Bajamos la calle Derby, por delante de todas las enormes casas elegantes, el fuego en los faroles de cristal en cada esquina, y nos vamos pasando la botellita. Se termina demasiado pronto. Rich se tiene que ir. Me voy a casa con Dwelly para jugar más. Vive justo al final de mi calle. Ato al perro a un poste delante de la casa. Lloro y no me importa.

Atlántico Sur

El barco ha estado estable. Marica viene y va sin decir mucho. Un negrito viene de vez en cuando a vaciar el cubo de pis y mierda. Intento sacarlo de quicio para que me gaste una o dos bromas, pero no quiere saber nada. Alza las palmas de las manos a los lados de la cara y saca la lengua. Lo hace con la intención de asustarme y lo consigue. Esperaré a volver a casa para pensar en el futuro sin más. Por ahora, tengo mucho que recordar.

Como Nueva York.

Había una niebla fría que cruzaba la hierba y ovejas gordas a lo largo de una pequeña colina y unos cuantos hombres a caballo y una gran extensión de tierra a un lado y a otro y la hierba y los árboles quitados para hacer carreteras y a ambos lados casitas y ríos que podía ver en los puntos donde se aclaraba la niebla y si entornaba los ojos. Había cerdos durmiendo en un pequeño canalón junto al borde del parque. Un cartel en un poste que decía DESFILE.

Llegamos temprano por la mañana a la isla de Manhattan y Johnson encontró enseguida a un hombre que le comprara la yegua. Subí piafando la colina y me senté con la espalda apoyada contra un árbol. Allí no había nieve, pero el suelo estaba helado. Me quedé mirando a Johnson mientras vendía su yegua. No le dio palmaditas en el cuello ni nada para decirle adiós. Solo se metió el dinero en el bolsillo y subió la colina caminando.

—Allí abajo es donde viven los barcos y la gente —dijo Johnson señalando—. Vamos a buscar a mi primo.

Zarpamos colina abajo hacia el extremo sur de la isla, Johnson con la cabeza agachada y el sombrero alto y el abrigo acampanado, las manos en los bolsillos y las mejillas resplandecientes de tan rosas y después bajamos trotando por un carril amplio, había poca gente en las calles tan temprano, Johnson volvía la cabeza apenas lo justo para embeberse del lugar, como si

ya supiera dónde estaba y a dónde estaba yendo y apretaba y apretaba el paso, yo lo seguía con dificultad y la vista moteada de blanco por el sol, las piernas dos pesos muertos al principio por el largo día y la cabalgada nocturna, después, entumecidas de frío y de inhalar el aire lleno de humo y sin sombrero y le dije:

—Johnson. —Pero no me detuve porque él caminaba demasiado rápido, aunque como tenía frío y sed corrí más hasta alcanzarlo y le dije—: Necesito un trago rápido si vamos a seguir así todo el día.

Y él se detuvo y asintió, cosa que no me esperaba. Esperaba que me mandara a paseo, pero se detuvo y asintió y miró hacia arriba y me agarró el cuello de la camisa y me lo levantó alrededor de la garganta. En un cartel ponía BURNT MILL POINT. Lo mucho que me acuerdo de eso, solo Dios lo sabe. Miré a Johnson a los ojos. Se quedó allí encarándome durante unas cuantas respiraciones. No salía nada de sus ojos parecido a lo que estaba acostumbrado a ver en cualquier hombre. Sentí algo de miedo.

—Tenemos que quitarte ese bigote —dijo Johnson.

Estábamos junto a los muelles para entonces y hacía mucho frío y mucho viento, doblamos una esquina hacia el interior y bajamos una avenida señalada como D donde las calles estaban llenas de gente y carruajes y niños. Seguimos adelante y les eché un vistazo a las caras: algunas aceitadas y de ojos descoloridos y agotados y jóvenes y otros apretados y secos y rojos de restregárselos por el viento y algunos con bufandas puestas y otros con mantas por encima de los hombros y otros sentados en las entradas de las casas y unos niños arrastrando un carro roto con dos perritos dentro y uno gritando «Allí no» y una fila de jovencitas con vestidos negros y verdes levantándose las faldas para cruzar la calle por encima de los charcos fangosos, llevando libros bajo el brazo, pequeñas manos enguantadas, y un hombretón sin abrigo tirando de un toro, otro hombretón junto a él con una poblada barba naranja andando hacia atrás, salpicando al atravesar los charcos y molestando a una pareja de viejos de pelo blanco que caminaba despacio, agarrada del brazo por encima de las piedras y que subieron a la acera y entraron en un pequeño callejón. Había filas de casas alineadas y la mayoría estaban pegadas unas a otras y algunas casas tenían un número pintado en el cristal sin más y otras tenían carteles colgando de las ventanas que anunciaban comestibles o ferretería o sastrería o algo y

cuando pasamos por delante de una puerta marrón de madera salieron dos muchachas con largos abrigos grises con capuchas, y una llevaba una hogaza de pan. Las dos miraron a Johnson de arriba abajo, luego se miraron la una a la otra, sonriendo con maldad, parecía. Johnson se quitó el sombrero y se dio la vuelta. Putas. Miré a través de la ventana dentro de la tiendecita: latas de colores vivos y frascos de mermelada, panes grandes y pequeños amontonados en estanterías altas y una lámpara encendida. Un viejo apoyado contra un mostrador alto pasaba las páginas de un periódico. Un niño pequeño nos daba la espalda, bailando al estilo de los negritos. Lo escuché repiquetear con los pies sobre los tablones del suelo y entonces Johnson dijo «Allí arriba» y subimos por el camino y doblamos unas cuantas esquinas hasta llegar a una calle llamada Clinton.

Un hombre vendía licores en la sala delantera de una casa. Entramos y de pronto se quedó todo en silencio: el ruido de las calles y la gente y los caballos y las campanas guardaron silencio detrás de la puerta cerrada y de la cercanía del alcohol. El alcohol, sobre todo, solo con estar allí, lo volvía todo silencioso.

—¿De qué clase es? —le preguntó Johnson al hombre.

Había botellas en la estantería. El hombre tenía la papada gruesa y los ojos como de insecto, de movimientos lentos.

—En los puestos de grog se vende grog —dijo él—. ¿Este es amigo tuyo? —dijo el hombre clavándome el pulgar. Johnson le dio el dinero e hizo una mueca graciosa para hacerme sonreír.

—¿Eres amigo mío, Nick? —dijo él.

La bebida era dulce como el brandy, pero me provocó un daño desagradable y amargo en la lengua. Me bebí una botella de un trago e hice que Johnson pagara unas cuantas más y abrí la siguiente y se la pasé a Johnson y él se tomó un trago e hizo una mueca de dolor y se rio y me la volvió a pasar y eso fue todo.

Seguimos caminando. El tiempo se había entibiado un poco. Yo le prestaba menos atención a la gente. La calle se llamaba Rivington. Johnson aminoró la marcha. Giramos para entrar en un pequeño callejón y entramos en una barbería. El sitio olía a humo y a jabón para la ropa. Un hombre bajito me empujó hasta sentarme en un sillón de cuero. Tomé un trago.

Un chaval joven me afeitó la barba y me peinó el pelo. Tenía los dedos tan blandos que me pregunté cómo haría para evitar cortarse. Aprieto la

mandíbula. Johnson se sentó y habló con hombres con trajes toscos.

—Venimos del norte, por negocios —le oí decir.

Entraron dos hombres hablando en otro idioma. Me recordó a una canción triste. El viejo que estaba a cargo gritó muy fuerte:

—¡Venga pa' fuera!

Luego salió una señora gorda de la parte trasera tocando una corneta. El viejo la apartó hacia atrás. Olía a repollo cocinándose. Los dos hombres se habían ido. El niño me palmeó la cara con un ungüento que quemaba y me levantó con suavidad de la silla. Johnson quitó un sombrero del poste y una campana hizo un sonido metálico cuando salimos por la puerta. Ya tenía yo sombrero nuevo.

En todo ese tiempo, supe que podía cortar aquella relación e irme a donde quisiera. Tenía una pistola que valía un poco y mis propios pensamientos. Y, sin embargo, no corté aquella relación. Me imaginé que iba a pagar él. Me imaginé que debía de estar loco.

Entramos en una tienda de la esquina y nos sentamos y Johnson pidió café y platos de comida y un negrito nos los trajo y Johnson me miró mientras me echaba lo que quedaba de la botella en la taza después de haberme tomado todo el café y luego se limpió la boca y me dijo por qué habíamos venido.

—Vamos a ir a buscar a mi primo —dijo—. Aquí es donde viene la gente y aquí es donde está el dinero y aquí es donde quiero triunfar en la vida porque allí en el norte no hay nada más que viejas ataduras y estoy harto de las viejas ataduras. Y tú eres un buen chico y un borracho, pero haz lo que te digo y conmigo triunfarás en la vida, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dije, aunque no estaba demasiado convencido. Yo no quería triunfar en la vida. Quería tumbarme con ella y estrangularla y matarla y salvarla y cuidarla y volver a matarla y quería irme y olvidarme de a dónde estaba yendo y quería cambiarme de nombre y olvidarme de mi cara y quería beber y echarme a perder la cabeza, pero desde luego no se me había ocurrido triunfar en la vida. No era nada que hubiese pretendido saber cómo hacer. Volvimos caminando a los muelles y a un astillero donde había mucho humo y mucho ruido y yo me quedé en una taberna con unas cuantas monedas que me puso Johnson en la mano mientras él salía, dijo, a buscar a su primo. Volvió pocas horas después. Para entonces yo estaba debajo de la mesa, con un hombrecito pequeño y bajito con la cara colorada

y orejas de cerdo a mi lado que me preguntaba qué hacía yo para ganar dinero y yo le decía que cantaba.

—Toma una canción —me dijo Cerdo acercándose a mí, y Johnson lo mandó a paseo y me tiró del cuello de la camisa.

—Ven —dijo Johnson—. ¿Puedes caminar?

—A caballito —dije yo y me di la vuelta. Los tablones oscuros de madera del suelo se levantaron, sentí el sabor del serrín. Dormí. Aquel regusto amargo a brandy que tenía en la lengua me revivió un momento después. Levanté la vista para mirar a Johnson a los ojos. Esta vez le brillaban. Empecé a cantar una canción. Y Johnson se sentó allí sin más, con mi cabeza en su regazo, escuchando. No era lo que yo me esperaba. Después de una estrofa, me levanté y salí con él por la puerta hacia la calle Clinton, donde Johnson dijo que había una casa de huéspedes.

—Ahora vives ahí.

Me metió en una cama junto a camas llenas de hombres y hombres sentados entre las camas jugando a las cartas y fumando y pasándose botellas y a veces voceando muy fuerte y alguien chilló para decirles que cerrasen el pico y la noche se terminó aquietando y sentí el peso de Johnson en la cama conmigo, y era Nueva York.

Por la mañana, la ciudad de Nueva York volvía a estar allí, con las sirenas de niebla y el barullo de la calle y Johnson roncando, y me levanté a mear y vi una botella asomando de la cartera de un viejo, así que se la afané y me la bebí y puse la botella vacía donde estaba y fui a buscar el beque.

Siento que el barco empieza a reducir la velocidad. Debe de ser Lima.

Nueva York, Nueva York

—Levántate —dice Johnson.

—¿Cómo me has encontrado aquí?

Está a los pies de mi cama, con un gran sombrero elegante en la cabeza, el muy ridículo. No lo había visto nunca antes en Five Points, mucho menos en las últimas seis semanas.

—Pregunté dónde dormía el borracho apestoso que se dedica a cantar, ¿qué te pensabas?

—¿Qué pasa, eres el alcalde de Manhattan ahora?

—Vámonos. Este sitio está lleno de pulgas.

Y Johnson tiene razón. Este sitio, la Old Brewery, dividido en habitaciones pequeñas con suelos y paredes inclinados y llenos de bichos y mosquitos y ratas, te da comezón solo con mirarlo. Me entra sed. Llevo aquí un tiempo, me despierto por las tardes, le saco algo de dinero a algún idiota con las cartas en la planta de abajo, bebo, salgo, trazo un plan, me invento mi futuro mientras me quedo mirando a través de las verjas de hierro forjado de Gramercy Park, después me olvido de él, vuelvo a bajar a Five Points, le sableo comida a la familia Abbott de la habitación de al lado, le hago el caballito a un bebé sobre mis rodillas, bajo a la ostrería de Little Water, me despierto al día siguiente, lo hago todo otra vez.

—He leído lo que dicen de ti en los periódicos —dice Johnson mientras me ata los cordones de las botas.

Me alarga un periódico enrollado. Intento leerlo mientras bajo las escaleras tambaleándome.

Tenemos entendido que tuvo lugar un altercado en nuestras calles el sábado pasado entre un joven nortño desconocido y Silas B. Woolcutt del que el último caballero mencionado salió con un labio menos. Como

consecuencia de esta calamidad nos tememos que de ahora en adelante no podrá andar tan de boquilla en nuestras calles como ha sido su costumbre. Y, aunque el joven quizá haya adquirido una superabundancia de labio en la operación, indudablemente no puede justificarse que adopte este método para descamisar a un oponente o aplacar un paso en falso y quizá se vea desprovisto de su libertad de operar más allá de los muros de cierta espantosa casa de vecindad, donde se le requerirá algo más que jarabe de pico si no aplaca sus maneras.

—¿Te crees que me importa? —le pregunto.

Johnson ya me ha sacado por la puerta. Me empuja para meterme en una calesa. Sigo leyendo.

Un hombre negro fue dejado sin sentido y robado anteanoche en los alrededores de Five Points.

—Esto tampoco he sido yo —digo.

Celia Riddle, mujer amarilla, de la calle Bayard fue encontrada en Five Points, borracha y alterando el orden público y buscando pelea. Recluida.

Hannah Fowle, alias «Donnelly», de la calle Pearl número 313 fue detenida horriblemente borracha y juró que era su marido el que estaba borracho y no ella. Recluida.

Bernard Lawless, recién llegado de Nueva Orleans, fue detenido borracho en la ostería de un hombre llamado Smith por intentar dejar allí a un niño, que había traído con él y a quien juraba no haber visto antes, aunque era su hijo. Le pusieron una multa de un dólar que pagó y fue puesto en libertad.

William Shilleto fue procesado por robar 7 cucharas Britannia y un pañuelo de seda de Ramsay Crook, en la calle Beekman, que fueron encontrados en su baúl. Juicio suspendido, bajo la condición de que se haga a la mar.

—Eres idiota —dice Johnson. Pasa la página y señala. La calesa traquetea a lo largo de la Segunda Avenida. No he mirado quién lleva las riendas del caballo.

Nick Bottom de Five Points, al creer que lo estaban persiguiendo por polizonte en la línea de White Plains después de haber subido en Bowery — algunos dicen que estaba huyendo de un joven miembro de los Roach Guards enfadado por alguna deuda de juego— saltó cerca del río Harlem sin llegar al agua por apenas un poco pero sufriendo una rotura de cráneo que lo condujo al Dispensario Demilt en el centro de la ciudad el jueves pasado. Sin cargos.

—Te voy a llevar a casa —dice Johnson.

Me pongo de pie para agarrar al conductor por el hombro, pero Johnson tira de mí por el fondillo de los pantalones para que vuelva a sentarme.

—Toma —dice poniéndome una botella en la mano. Le quito el corcho y lo siento rebuscándome por el pelo.

—Eres hombre muerto —dice Johnson. Bebo—. Dame tu pistola.

—La he perdido —le respondo.

—La has vendido —dice.

—No —digo—. Les disparé a una muchacha y a su madre, luego la tiré al río Harlem.

—Un sueño. Te has dado un golpe en la cabeza, McGlue —dice Johnson.

Seguimos y atravesamos el parque y subimos cruzando Harlem, por delante de bonitas mansiones de ladrillo y a través de granjas y casas solariegas, y arriba y arriba, y me duermo y cuando me despierto por el dolor de cabeza, Johnson me da otra botella. Vuelvo a despertarme en Mamaroneck con la cabeza vendada con gasas, la antigua sirvienta mordisqueándose una uña, despreciando mi cara como si fuera una pila de platos sucios que tuviera que fregar.

—¿Qué? —farfallo.

Ella no dice nada y se va y coloca otro tronco en el fuego.

Lima

Hace demasiado tiempo que no veo a Johnson. Viene y va en mi pensamiento y todavía no ha venido aquí a la parte de abajo del barco, a mi trena, a calmarme los nervios, siento como que mis sesos calientes de serpiente reptan y echan humo, el vapor se filtra a través de la brecha que tengo en la cabeza. A él, a Johnson, le pediría que buscara a un médico que se hiciera cargo de mí, pues no se me ocurre otra manera de salir de aquí.

Sé que estoy enfermo. He estado así de enfermo antes, y con Johnson me recuperaba. Un lento suministro de whisky, pan de maíz y pastel de pescado, paseos rápidos a través de los árboles todos los mediodías al principio y luego aprender día tras día en un barco cómo aparejar las velas y todos los nudos y cargar cajones y aprender a ladrar por encima del viento, a sentarme y navegar los océanos tranquilos. Si tuviera licor que derramar, me lo vertería directamente dentro de la brecha, para calmar a las serpientes. Conseguir que se tranquilicen, que dejen de sisear. Si me echo al colete lo bastante, se quedan quietas durante un rato y puedo capear el temporal de mi vida un momento, como he estado haciendo aquí y allá. Pero más difícil se hace cuanto más tiempo estoy aquí abajo, cuanto menos viene Marica con botellas. La cerveza no tiene gas y está floja. Un negrito me pasa rapé a hurtadillas, pero el rapé me mantiene despierto y en cuanto lo escupo en el cubo vuelvo a sentir sed. Saunders me contesta a una pregunta que no le he hecho.

—Lo envolvimos en arpillera y lo amarramos y estaba todo tieso y había dejado de sangrar y en cuanto estuvimos a unas cuantas millas de la costa de Zanzíbar lo largamos sin más. Pero no hubo ninguna canción ni nadie que le rindiera un homenaje verdadero aparte del capitán que dijo lo buen hombre que había sido —dice sin mirar en mi dirección—. Así que rezamos

una oración, cada uno en su cabeza, y tiramos una biblia tras él y se hundió, pero la biblia no —dice—. No te creas que no tenemos corazón.

—¿Cuándo va a venir Johnson? —le pregunto a Saunders.

Vuelve a cerrar la puerta. Espero. Un momento después el barco se queda inmóvil sobre el agua y escucho el sonido apagado y borroso de la orilla. Me imagino el aspecto que tiene: colinas moradas a lo lejos. Muchachas con vestidos rojos y blancos de tela gruesa, burros llevando alfombras, bodegas llenas de licor que te apuñala los intestinos. La cubierta fría y húmeda por la que brincaría y la áspera tierra negra de la que limpiaría los trocitos de basura antes de besarla. Me lamo los labios. El sabor cálido y amargo de la tierra firme. Me pongo de rodillas. Escupo en el cubo. Llamo a Marica. Hay un plato de patatas en la bandeja abatible. Decido ponerme de pie. Mis pies parecen monstruosos y grandes colgando de mis tobillos de niño, las dos pantorrillas suaves, bamboleándose como boyas a lo largo de la ropa interior de lana cagada. Vislumbro mi reflejo en el espejo con forma de escudo. Es el retrato de una ardilla hambrienta de larga barba.

Tierra del Fuego

Marica trae una recompensa grandiosa, noticias aplastantes de piratas, y se caga en John Bull. Está borracho y me da una jarra grande de la cosa esa. Se llama pisco, me dice. No tiene nada de malo.

—Está hecho con vino de uva, McGlug —dice. Trae puesta una especie de sonrisa lobuna cuando se apoya contra la bandeja abatible, meneando la cabeza. Trastabilla hacia atrás cuando el barco se balancea y se ríe. Le doy un largo trago a la jarra. Como escocés y rosas silvestres, como hombre y mujer también, la mezcla perfecta. Me lo bebo.

Marica quiere más. Da unos pasos adelante y saca la mano. Yo estoy con las piernas cruzadas en el catre con la jarra encajada en la entrepierna.

—Consíguete el tuyo —le digo.

Alarga la mano.

Pero lo empujo hacia atrás contra la pared. No lo he empujado fuerte. Después de golpearse la cabeza se queda allí como inmóvil, luego se resbala abajo hasta el suelo sin más. Maricón, pienso. Bebo.

Cuando se despierta es de noche y la jarra está vacía y yo estoy vomitando al lado del catre, sin preocuparme por el cubo, y Marica se tapa la nariz con las manos.

—Cerdo —me dice. Ahora lo veo gateando a la luz de la luna, entre las sombras. Es agradable. Como lo era Johnson a veces, cuando volvía en mí y él tenía algún comentario ingenioso que hacer.

—Imbécil —diría. Me tiraría un trapo al lado de la mano magullada y distraída descansando en el suelo. Yo limpiaría el vómito.

—Johnson —grazno—. ¿Cuánto más falta para que se termine todo esto?

—De ti depende, Nick. Llega al fondo del fondo o muere, deja que termine la batalla y ríndete.

Carraspeo, me rindo.

—Buen chico —escucho.
Me quedo dormido.

Nos subimos en un tren desde Mamaroneck y paramos en New Haven y paso un día bebiendo, desmotando ginebra mientras Johnson va a hablar con un hombre sobre puestos de trabajo pero sin llegar a nada. Johnson nos encuentra donde dormir y me enseña el retrato que le han hecho. Un cuadrito marrón de sí mismo con ese sombrero estúpido y el pañuelo de raso. Pido uno para mí y parece seguirme la corriente. Odio cuando me trata como si fuera un niño. Al día siguiente me acompaña a un médico. Está cerca de la estación de tren, es un médico bajito con la cara gorda y una levita negra y un gran pájaro naranja y amarillo metido en una jaula.

—Es del Caribe —nos cuenta. Silba una nota y parpadea atemorizado detrás de sus anteojos. El pájaro despliega sus alas y las vuelve a recoger.

—Se ha caído de cabeza —dice Johnson—. Necesita una carta escrita a nombre de usted.

—¿Me ves con claridad, marinero? —pregunta el médico, agitando los brazos arriba y abajo.

Asiento.

Me sostiene la cara entre las manos y me mira profundamente a los ojos, luego me curiosear la brecha de la cabeza.

—Estás desanimado, al parecer. —Contengo la respiración—. Una o dos no pasa nada, pero si son demasiadas te entrará síndrome de abstinencia. ¿Lo sabes?

Asiento más.

Johnson se quita un guante y mete un dedo entre los alambres de cobre de la jaula del pájaro. El pájaro da pasitos hacia atrás por encima de una varita.

El médico vuelve la espalda y escribe.

Me abrocho el abrigo.

—Tal vez le convenga tomar unas cuantas de estas si se le hincha y le duele —dice el médico. Le alarga a Johnson un frasco de pastillas y la carta.

Si tuviera aquel retrato de Johnson, le hablaría. Estaría con él. Estaría en él, clavándole el dedo en la cara inmóvil, tan seria, dándole codazos en las costillas. Diciendo: «No te quedes ahí parado, di algo». Y luego me sentiría

como un idiota sabiendo que me había vuelto a engañar: haciéndose el muerto. Esperaría a que se riera y lo dijese: «Te pillé».

Salem

Mi madre no está demasiado contenta de verme.

Se acerca a la puerta con una vela encendida y un cuchillo.

—¿Quién es? —dice. Su voz suena malhumorada y grave.

—Soy yo —digo.

—Mierda puta.

La puerta se abre de golpe, una rendija. Se le ha encanecido el pelo y lo tiene metido dentro del cuello del vestido. Lleva su gran melena como si fuera un sombrero. Quiero reírme y entrar en la casa, pero ella no se mueve. Escucho su respiración y es sibilante y mala. No he pensado en mi madre ni dos veces desde que me fui, pero aquí está ella y he vuelto.

—Aquí no te puedes quedar —dice—. Estás muerto y enterrado.

—¿Dónde debería ir, entonces? —quiero saber.

Johnson está a mi lado y mi madre lo ve en ese momento y agarra la puerta y apaga la vela. Paro la puerta con el pie y vuelvo a preguntar.

—¿Dónde?

—Dwelly ha pasado por aquí buscándote —dice mi madre—. Ve a preguntarle a él.

Aparto el pie.

—Dame ese cuchillo —le digo.

La oigo retroceder.

Empujo la puerta para abrirla más y mantengo el pie en ella y le quito el cuchillo de la mano y siento su muñeca, seca y afilada y como hecha de papeles arrugados.

Cuando estamos otra vez en el camino, me meto el cuchillo en la bota y bajamos hacia donde sé que Dwelly pasará gran parte de la noche: el Salón del Ron, en la parte de atrás, lo más probable, dormido y feliz.

Pasamos por delante de un gran árbol que cruje y se mece y Johnson dice que le gustaría descansar y donde estamos es la calle Howard y le digo que sería mejor que siguiéramos hacia los muelles, donde están las tabernas. Pero Johnson quiere llenar la pipa. Apoya la espalda contra el árbol. La luz de la luna tiembla a través de las hojas como el débil rayo de un relámpago. No está bien. Quiero decirle que no se apoye contra el árbol y que siga avanzando.

—De ese árbol colgaron a una señora por matar a su propia hija.

A él le da igual.

—Le rompió el cuello a su propia hija. Se lo retorció como si fuera una gallina. Luego fue por ahí contándoles a todos los vecinos lo que había hecho. Tan orgullosa. Vamos.

—Qué. ¿Tú siendo de Salem todavía crees en las brujas?

—No —digo—. Pero hay fantasmas y tengo sed. Y mi hermano está enterrado en lo alto del camino.

Johnson enciende una cerilla que chisporrotea y se apaga antes de alcanzar la cazoleta de su pipa.

—Mierda. —Vuelve a encender otra. Empiezo a hastiarme. Ahora tengo la cabeza despejada, el cielo nocturno reluce como cristal mojado y roto.

—El nombre de la hija era Difficult. ¿Te parece un nombre bonito para una niña?

—Me da igual cómo se llamara, mientras se calentara.

—Supongo que no te importa demasiado —digo.

—Supongo que a ti sí —dice Johnson.

Parece enfadado. Me pregunto si ahora se largará sin más.

Desde que nos separamos en Nueva York y desde que me volvió a encontrar y se hizo cargo de mí, no ha dicho mucho sobre dónde ha estado o lo que ha hecho.

—Que le jodan al mundo y sigue para delante, Nick —dice.

Le pido que repita lo que ha dicho.

—He dicho que le jodan al mundo.

Suena bien saliendo de su boca. La palabra «mundo» gira de repente, como si fuera algo lleno de rabia. Como algo que podría tragarme y eructar y saborear y meterme entero dentro y empacharme y pienso, sí, que le jodan. De repente me duele la cabeza. Le pido a Johnson una pastilla y él se vuelca el frasco en la palma de la mano y coge una entre los dedos y dice

«Abre» y saco la lengua y él me coloca encima la pastilla; la lengua temblorosa, humeante, ahí, dame de comer, y está amargo y mi lengua rehúye y se escabulle y se repliega y algo se calma en mí y es algo que no ubico y no me importa y está bien.

Desandamos el camino hasta la casa de mi madre y vuelvo a llamar. Esta vez cuando acude a la puerta tengo el cuchillo preparado y lo sostengo frente a ella y le digo que se meta dentro y que nos prepare dos platos de comida y sirva el whisky y avive el fuego, porque tenemos frío y tenemos hambre y necesitamos beber algo.

Mi madre resopla y vuelve y chasquea la lengua, pero hace lo que le digo. Me río. Me siento dentro. Johnson, masticando y bostezando, apenas aparta los ojos del fuego. Mi hermana la pequeña asoma la cabeza a través de la puerta desde su cama. Me pongo bizco.

—Chiquillo despreciable —me dice—. Qué rara se te ve la cabeza.

Levanto el cuchillo y lo doblo en el aire y dejo que la luz del fuego se refleje en la hoja para asustarla y la veo que entrecierra los ojos y posa la botella sobre la mesa y sale despacio de la habitación. Bebo.

—Mañana —le digo a Johnson— veremos lo de conseguir trabajo.

—Mmm —dice Johnson con un tono profundo y resonante y se limpia la grasa de la boca dándose toquecitos con el borde del mantel de mi madre, con la cara toda asolada y rosa y brillante por las llamas.

San Juan

Hay mucho griterío en la cubierta, por lo que oigo. Las voces de los hombres pronuncian las instrucciones como si fueran los balidos llorones de un rebaño de cabras degolladas. A nadie le podría dar más igual que me una al cántico desde aquí abajo, así que canto. Canto la primera parte dos veces, lento y lleno de sentimiento, y luego lo demás muy deprisa y sencillo como una simple melodía de baile. Escuchad. Decidme si mi voz es clara:

*Montado en un lechoso corcel
La gran cosa me creía
Ancha la espada, la pistola lista,
«La bolsa o la vida», siempre decía*

*A un caballero primero me encontré
Hasta él cabalqué, la mano le estreché
A pesar de lo que él sabía hacer
Su tiempo me quedé y también lo maté.*

Salem

Cuando llegué a ser lo bastante alto para entrar en las tabernas sin que los padres de mis amigos se dieran la vuelta y resoplaran y agitaran hacia mí las manos gruesas, rojas y quemadas por las sogas, señalándome la puerta, me aficioné a un lugar llamado Lady Lane's en el que tenían una especie de bourbon llamado «perro muerto» y la tabernera era una muchacha llamada Mae que me dejaba observarla mientras se desnudaba en su cuartito de la parte de atrás de la taberna, donde también estaba a cargo de hacer las camas y las cosas y tenía escondida una botella y me la daba mientras me quedaba allí sentado y algunas veces cantaba una canción y me dormía en su cama pero apenas la tocaba. Una noche de verano, después de que ella terminara de trabajar, subimos a su cuarto y se desabrochó el vestido, hizo que se lo bajara deslizándoselo por los brazos y sus brazos eran muy suaves y cálidos y creí que me iban a entrar náuseas por cómo cedía su carne al más leve toque de mis dedos y por cómo se enrollaba la fina tela de su vestido y ceñía su piel, y eso para empezar no eran más que sus brazos, no me podía imaginar lo que me iba a provocar el resto, era horrible y aquel olor que le surgía del pecho como leche agria y casi como el hedor nauseabundo de los muelles y me dio una arcada y ella estaba como temblando y respirando hacia mí como un niño gordo y estúpido después de correr y me miró y me preguntó con una voz suave y de malvasía si estaba bien y sus ojos se veían tan grandes y húmedos, aunque yo sabía que lo que quería preguntarme era que si era una especie de perrito asustado y si era un bebé que no había estado nunca antes con los brazos de una mujer y todo eso, así que la empujé y el pelo como que le voló alrededor de la cara como si estuviera debajo del agua y cayó de rodillas y sonrió y entrecerró los ojos y me dio la espalda y empezó como a gatear hacia la cama. No estuvo bien.

Así que la agarré del brazo sin más y la até a la barandilla de madera de su balcón y me llevé sus llaves y volví a bajar a la taberna vacía y bebí más perro hasta que salió el sol y entonces volví a mi casa y me olvidé de la chica.

En Lady Lane's, a la noche siguiente, el encargado, que era un hombretón, estaba allí con la cara roja y susurrándole con fuerza e intensidad a la muchacha, cosa que no era insólita, y la chica se dirigió hacia mí y me dijo apretando los dientes: «Me alegro por ti, zángano maricón», y yo aparté a un lado mi jarra y golpeé la mesa como hacen los hombres para decir que quieren más de beber. De eso me acuerdo.

Cuando llegamos al embarcadero del litoral, en el Puerto de Salem, me dicen que me vista y recoja mis cosas. Entonces entra Saunders y me alarga una botella y me estrecha la mano y sale y deja la puerta abierta y Marica está allí en el umbral esperando. Aparto las mantas y le echo un vistazo a mis piernas de mar. Apenas he salido de esta cama en meses. Me pongo de pie despacio con la botella pesándome a un lado y voy dando tumbos hasta donde Saunders ha puesto una pila de ropa y un par de zapatos en lo alto y me tomo un trago y me visto con una mano y sostengo la botella con la otra. Mis viejas ropas me están todas demasiado grandes. Sin un cinturón, me tengo que sujetar los pantalones con la mano libre. Marica me observa con la cabeza gacha, se toca los labios con el pulgar con impaciencia, parece desolado.

Mi madre está apartada, junto a los muelles con mi hermana pequeña, un hombre la tiene agarrada del brazo a su lado. Apenas siento que mis pies tocan el suelo cuando lo hacen. La mayoría de los hombres están ocupados desaparejando y descargando y entiendo que tengo que irme con el alguacil y sus hombres con sus insignias de latón relucientes que ahora brillan bajo el cielo nublado, los árboles, las alturas de las cosas y la quietud y la forma en que avanzo hacia el mundo, el cutis de la cara de mi madre tan pálido que es casi morado, los pelos de la barbilla del hombre temblando con delicadeza. Miro a mi alrededor buscando a Johnson. Me llevan a un carro con barrotes en las ventanas y me meto dentro y Marica ya se ha ido. Abro la boca para hablar y me duelen los oídos y vuelvo a poder oír. Parece el sonido del el viento. El policía cierra la puerta y no dice nada. Tengo sed,

me gustaría que lo supiera. El aire me da dolor de cabeza. Hay silencio. El suelo se mueve por fin y me siento en el carro oscurecido lleno de astillas. Mis huesos dan sacudidas. Johnson lee el *Daily Atlas*:

El capitán Isaac Hedge, de sobra conocido en New Bedford y Salem como capitán de estos puertos y anteriormente de Barnstable, se suicidó en el pasaje de San Francisco a Panamá, primero cortándose el cuello y luego saltando por la borda.

—No lo conocía —digo.

Perros locos han estado aterrorizando New Bedford.

Lo oigo pasar la página.

Hubo un tiempo en que sabía que había un dios escuchando mis pensamientos y tenía cuidado con lo que me permitía decir y hubo un tiempo en que la vergüenza de lo que había oído ahí arriba me hacía golpearme la cabeza contra la pared y después crecí lo bastante como para entrar en Lady Lane's y atiborrarme los oídos con licor. Ahí debe de ser donde nos están llevando, a Lady Lane's. Después de tanto tiempo en el mar. Que Dios los bendiga, bache, bache. Dejemos que el pasado descansa en paz, eh, Johnson. Perdón, perdón. Deja que te invite a una botella. Piensa en lo lejos que hemos llegado.